



## **Eucaristía del Corpus Christi**

*S. I. Catedral de Orihuela  
Domingo 14 de junio de 2020*

El domingo pasado, Solemnidad de la Santísima Trinidad, llegaban hasta nosotros las palabras de Jesús: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito” (Jn 3,16). Hoy, Solemnidad del Corpus, podemos decir que la Eucaristía es la máxima prueba del amor con el que Dios ha amado al mundo. Como acaba de decirnos en el Evangelio: “Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51). En la Eucaristía se nos da Él mismo, y se nos da para unirnos de forma única a Él: “El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”. (Jn 6. 56). Y se nos da para unirnos, también de forma única, entre nosotros, tal como nos ha recordado S. Pablo: “Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (1Cor 10,17).

El Papa Francisco afirmaba, a propósito de esta celebración del Corpus, que “cada año tenemos la alegría de celebrar la fiesta dedicada a este Misterio central de la fe, para expresar en plenitud nuestra adoración a Cristo que se dona como alimento y bebida de salvación”. Recordándonos que “en la Eucaristía Jesús. Como hizo con los discípulos de Emaús, se acerca a nosotros, peregrinos en la historia, para alimentar en nosotros la fe, la esperanza y la caridad; para consolarnos en las pruebas; para sostenernos en el compromiso por la justicia y la paz”. Concluyendo que el amor que Jesús nos da “en la comunión eucarística, con la obra del Espíritu Santo, alimenta el amor a Dios y a los hermanos que nos encontramos en el camino de cada día” (18-6-2017).

En los largos meses de pandemia que llevamos, especialmente en la larga etapa de confinamiento, muchísimos miles de cristianos han vivido sin posibilidad de acercarse a comer el pan eucarístico, el Cuerpo de Cristo. Ha paliado esta situación el poder seguir la Santa Misa gracias a los medios de comunicación, incluso la comunión espiritual desde el propio hogar, o lugar de residencia. Pero no ha sido posible unirse, realmente, al Cuerpo de Cristo en la Eucaristía y reunirse, realmente, con el Cuerpo de Cristo que es su Iglesia, concretizada en la asamblea eucarística, en la que, sobre todo, los domingos hacemos realidad el gran misterio de amor y comunión que el Espíritu Santo actualiza en nuestros templos.

Es asunto muy importante, y puede producir el efecto negativo que muchos se hayan conformado a esta carencia, resignándose a vivir sin Eucaristía. Ojalá –al contrario- en muchos se haya producido, por esta carencia, la necesidad de encontrarse con Cristo en la celebración eucarística; se haya producido el hambre de Eucaristía, y en los días como hoy, y en los sucesivos de cierta “normalización”, se esté buscando saciar el hambre de Dios, de Cristo, que sólo la Eucaristía puede saciar.

Ya antes de la pandemia teníamos pensado, y habíamos contrastado con los Consejos diocesanos, la posibilidad de que la Eucaristía fuera la coronación del Plan Diocesano de Pastoral que hemos recorrido estos últimos años, tratando –en concreto- de acentuar el valor y, por ende, la mejora de nuestras eucaristías dominicales. El desastre del Covid-19 y lo que le ha rodeado, nos anima todavía más a acentuar esto, integrándolo en el marco de las necesidades eclesiales y sociales de estos momentos.

La vida cristiana sin Eucaristía es anémica en su raíz; la vida comunitaria cristiana, sin unas eucaristías vivas, especialmente la de cada domingo, languidece. Asumamos con empeño e ilusión esta tarea que, entiendo, será de años: reactivar en profundidad la práctica y la espiritualidad eucarística en cada uno de nosotros y trabajar porque las celebraciones eucarísticas, sobre todo las dominicales en nuestras parroquias, sean lo más vivas, participadas y fructuosas posibles.

Otra realidad, a la que nos están abocando las circunstancias que hemos vivido y estamos viviendo, es la de una situación muy agravada en cuanto a las necesidades derivadas de una crisis económica, laboral y social de grandes proporciones. Realidad que se suma a una emergencia sanitaria, todavía no plenamente superada, y que ha metido en el mundo “el miedo en el cuerpo”, nos ha agravado la problemática de la soledad y la indefensión, especialmente en los ancianos y los más pobres de nuestra sociedad, y ha incidido en situaciones críticas familiares y educativas, incluso en las difíciles armonías sociales y políticas de nuestro país, llegando a afectar, según expertos de la Organización Mundial de la Salud, a la salud mental de muchos, pues no todos gestionan por igual los sufrimientos de esta época, así como los interrogantes que va a generar la enfermedad, la debilitada confianza en las instituciones, y la experiencia de la misma muerte en un marco de desbordamiento humanitario y social.

Estamos en un momento ante el cual, dejarse de frivolidades y volver a la seriedad de Dios, va parejo a la urgencia de nuestra caridad. Hoy, día del Corpus, junto a la Eucaristía nuestra atención se fija en la caridad que hay que vivir y practicar, desde el modelo que es el mismo Señor, en su entrega y amor total.

Que las presentes circunstancias nos despierten, nos saquen, como nos pide Papa Francisco, del “piloto automático” (12-IV-20), en el podíamos estar instalados, y nos impulsen a renovar nuestro compromiso hacia los demás, especialmente los más pobres y necesitados. Concentremos ayudas en Cáritas, la gran institución de la Iglesia para ejercitar la caridad en medio de la gran complejidad en la que vivimos. Aquí en nuestra ciudad de Orihuela y en toda la Vega Baja, ya en el inicio del presente curso con motivo del desastre meteorológico de la DANA, pudimos mostrar la presencia de nuestra Iglesia junto a los afectados (recordemos que todavía hoy los locales de la Diócesis, en la Mata, del Colegio Diocesano San José Obrero siguen acogiendo algunos de esos afectados), pues bien, entonces y ahora se sigue comprobando que Cáritas tiene un insuperable valor para encauzar nuestra caridad y compromiso eclesial, no sólo en los momentos de emergencia, sino de modo constante, estable, y en el día a día, y todos los días. Porque importa la unidad, la constancia y la eficacia, ayudemos a Cáritas.

Que esta celebración nos llene de alegría al reunirnos junto a la mesa del Señor, para alimentarnos de Él mismo en la Eucaristía, para alimentarnos de su amor. Y que el pan de vida eterna, que es su Cuerpo que se entrega, nos haga, día a día, ir pareciéndonos a Él;

haciendo de nuestras vidas ofrenda y entrega, cercanía y servicio para las necesidades de nuestros hermanos que sufren.

Nuestra querida madre, la Virgen de Monserrate, a la que hace dos domingos, gozosamente, aquí mismo celebrábamos en el Centenario de su Coronación, interceda para que nunca nos falte el pan de la Eucaristía, y lo que significa: la constancia y la entrega del más auténtico amor. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante